

Arte mundano/Arte trascendente



Pedro Martín González
Kenshinkan dôjô 2019

No nos gusta la cotidianidad, por esta razón aventuramos nuestro pensamiento hacia mundos intangibles en los que pretendemos una felicidad que no alcanzamos en el día a día.

Esos espacios inconsistentes se encuentran en el pasado, donde también vive la melancolía; o en el futuro, donde la ansiedad se adueña de nuestro estado de ánimo.

Lo cierto y verdad es que el único espacio-tiempo verdaderamente real es el Aquí-Ahora y, por consiguiente, es únicamente ahí donde se desarrolla la vida.

Es el presente, ahí manifestado, quien nos rescata de la incertidumbre, presentándose entonces como absolutamente liberador.

El momento presente afirma la vida, toma posición activa frente al hecho de vivir y materializa el tiempo. La trascendencia, supeditada a la intuición, a la fe, o la ciega creencia, abandona lo cotidiano para focalizarse en lo que ha de llegar.



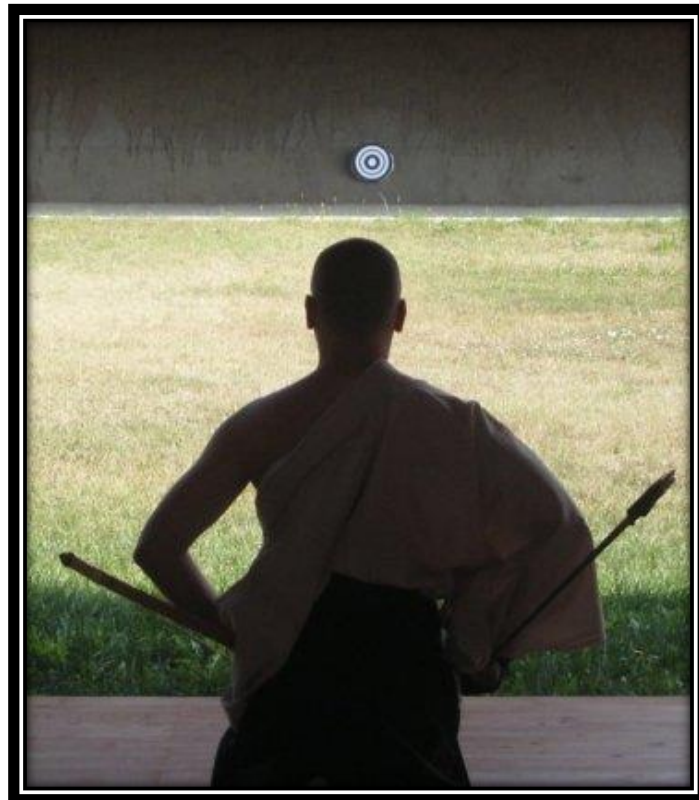
En su libro, titulado "*Buen entretenimiento*", el escritor coreano Byung Chul Han, un filósofo con residencia en Munich, hace un recorrido pormenorizado de algunas manifestaciones artísticas japonesas: Ukiyo-e, Haiku, Kabuki, etcétera.

Lo relevante de su estudio es que sitúa todas y cada una de estas actividades dentro de lo que él considera "*arte mundano*" pues, según el autor, todas son, antes

que nada, vehículos que afirman la cotidianidad y, por consiguiente, disciplinas que destapan lo más próximo de la esencia humana.

Byung Chul Han expone en su libro la dicotomía que ha existido y existe en el seno del arte occidental: la dualidad pasión-espíritu o, lo que es igual: el ser trascendente y el ser mundano.

A mi modo de ver, el espíritu trascendente considera el día a día como un medio para alcanzar un fin deseado, un algo supuestamente mejor. En este sentido, lo cotidiano resultará menor frente a lo que ha de venir. La belleza, por ejemplo, estaría situada más allá de las fronteras del cuerpo físico y su manifestación la encontraríamos en la naturaleza.



De acuerdo con este concepto artístico el ejercicio de la música, la pintura, la poesía o el teatro habría de ir más allá de lo apriorístico para situarse en lo intangible, sublimando así lo percedero, simbolizado por lo habitual, cercano y frecuente.

El espíritu mundano, por el contrario, sitúa al hombre en el centro mismo de sus inquietudes. Defiende la cotidianidad de la vida y concentra sus esfuerzos en lo inmediato. Este estado de ánimo no desprecia ni el humor, ni el ocio; tampoco la sensualidad.

Lo mundano afirma el presente por considerarlo verdaderamente real, alejándose del pasado melancólico y del futuro prometedor. Para el espíritu mundano la verdad de la vida está situada en el Aquí-Ahora y ahí desarrollará su concepto de arte.

La gran mayoría de los maestros de Budô con los que me he entrevistado me han explicado su concepto desde una perspectiva mundana. La idea que subyacía en sus exposiciones estaba asociada a esa realidad que considero imprescindible no solo en un Arte Marcial, sino en cualquier otra actividad en la que pongamos empeño, esfuerzo, voluntad, talento. Esta idea, a la que aludo, nos habla de: humanismo, educación, cultura, socialización, valores consustanciales al ser humano –compromiso, consideración, valoración, diligencia, sacrificio, etcétera.



En efecto. Tuviera como interlocutor a un forjador de espadas o al director de un *Koryû* medieval, escuchara a un maestro de *Kyujutsu* o a una calígrafa de renombre, tomara la palabra a un *Sensei* de *Karate* tradicional o un luchador de *Sumo*, el resultado era siempre el mismo: Budô: cultura, formación, humanismo.

Sí. Para gran número de maestros las formas Budô son de naturaleza mundana. Subrayo el término, dándole la importancia que tiene más allá de interpretaciones peyorativas que sesgan su significado minusvalorándolo frente a otros planteamientos que, en mi opinión, alejan a los estudiantes de la realidad, pues con alguna frecuencia se observa –sobre todo en Occidente- cómo algunas Artes Marciales se transmiten desde una perspectiva trascendente.

En esta coyuntura, los elementos de trabajo diario –técnica, cuerpo, registros, historia- ocupan un segundo plano en favor de una finalidad extra-ordinaria: una resultante sobrevalorada que se distancia de lo cotidiano.

Alejados de semejante contrariedad, los *dôjôs* japoneses tienen definido más claramente su concepto de arte, un concepto que está unido al momento presente y se manifiesta en el Aquí-Ahora. En ese estado mental, los contenidos tienen un profundo significado.

En uno de sus ensayos, el periodista, crítico y ensayista inglés Chesterton escribía que para un ecologista que visita temporalmente la naturaleza su realidad está formada por montañas, lagos, ríos y bosques repletos de una vida palpitante e imperecedera. Por el contrario, para un campesino que vive permanentemente en ella –proseguía– ésta realidad está constituida, además, por vacas y cerdos y sometida a las inclemencias del tiempo atmosférico.

En mi opinión, la realidad del arte del Budô pasa por una cotidianidad enraizada en lo inmediato: un espacio-tiempo que afirma el “*espíritu mundano*” y abraza el instante presente como expresión máxima de la verdadera vida.

Kenshinkan dôjô 2019